

# Rutas del exilio en *Archipiélago Gulag*

Ángel CLEMENTE ESCOBAR

Universidad Complutense de Madrid  
angclemen@gmail.com

## RESUMEN

La obra de Alexandr Solzhenitsyn, *Archipiélago Gulag*, supone un testimonio directo del llamado gulag, el sistema carcelario y de trabajo de la Unión Soviética. En ella el autor retrata, guiado por entrevistas personales y por su propia experiencia dentro de las cárceles y campos estalinistas, el itinerario a seguir por los prisioneros desde su detención, hasta el final de su condena. La represión ejercida por el poder se manifiesta mediante el control de los espacios, el de sus significados y funciones. Atendiendo a estas dos premisas nos proponemos recorrer el espacio literario en *Archipiélago Gulag*.

**Palabras clave:** Solzhenitsyn, gulag, espacio, exilio.

Routes of exile in *The Gulag Archipelago*

## ABSTRACT

The work of Alexander Solzhenitsyn, *The Gulag Archipelago*, is a direct witness of the so called *gulag*, the prison and work system in the Soviet Union. In this text the author draws a portrait of the route followed by the prisoners' from their detention to the arrival at the final destiny. He makes that through direct interviews and his own experience inside the camps in the Stalin era. The repression practiced by the power is visible in the control of the space and the meanings and functions of this one. Focusing our attention on these two premises we are proposed to go across the literary space of *The Gulag Archipelago*.

**Key words:** Solzhenitsyn, gulag, space, exile.

## 1. INTRODUCCIÓN

El acrónimo GULAG (Dirección General de Campos de Trabajo), es la voz rusa empleada para denominar a los campos de concentración soviéticos. Sin embargo el

término se generalizó, hasta abarcar tanto cada uno de los campos de reclusión y trabajo, como toda la maquinaria represiva de la URSS en general.

Sus antecedentes nos llevan a los destierros zaristas, y su origen, tal y como lo conocieron los millones de habitantes que por sus instalaciones pasaron, se retrotrae a los inicios de la revolución –si bien no fue implantado bajo este nombre hasta principios de los 30–, y se extenderá oficialmente hasta los años 60.

Como el gulag, el sistema de destierro de los zares no fue creado exclusivamente como una forma de castigo. Los gobernantes de Rusia también deseaban que los desterrados, tanto comunes como políticos, resolvieran un problema económico que los había mortificado durante siglos: la falta de población del extremo oriente y el norte boreal del territorio ruso, y el consiguiente fracaso del imperio ruso en explotar sus recursos naturales. (Applebaum 2004: 38)

Sin embargo, a comienzos del siglo XX según apuntan los historiadores, la represión y el castigo zarista fueron menguando su dureza, para ir adoptando progresivamente los modelos carcelarios surgidos en Europa durante el siglo XIX<sup>1</sup>.

Ya desde los inicios de la Revolución se planteó la idea del encierro y del trabajo como pena y corrección para los enemigos del pueblo, de manera que se acondicionaron edificios religiosos o granjas y otros para tal fin. A pesar de estas reconversiones del espacio, las primeras instalaciones provisionales y las cárceles no daban abasto a los desmanes represivos de la posguerra soviética. Así, en 1923, en medio del mar Blanco, en las islas Solovki, se creó el primer campo de concentración de la era socialista. Solzhenitsyn lo narra de la siguiente manera:

En el mar Blanco, donde las noches son claras durante seis meses al año, la Isla Mayor de las Solovki emerge de las aguas con sus blancas iglesias enmarcadas por los pétreos muros del Kremlin: muros color herrumbre, por los líquenes adheridos a ellos... Mientras tanto, por encima de sus cúpulas revolotean las pálidas gaviotas boreales, chillando sin cesar. (Solzhenitsyn 1976: 21)

En sus orígenes, el sistema de campos de concentración podía identificarse más acertadamente con el fin de la represión, y si no era siempre así, al menos estos primeros campos no resultaban rentables desde el punto de vista económico. Los reclusos comenzaron siendo mayoritariamente los representantes de la antigua Rusia, pero a medida que avanzaban los años el término “enemigo del pueblo”, se aplicó cada vez más indiscriminadamente. Pero es a partir de 1929 cuando Stalin determina utilizar esta mano de obra para acelerar el proceso de industrialización, además de colonizar el inhóspito norte del país. Así, el gulag llegó a producir un tercio del oro, una parte importante del carbón y la madera, además de muchos otros materiales (Applebaum 2004: 59). Tal es así, que el trabajo esclavo de la Unión Soviética

---

<sup>1</sup> En el siglo XIX es cuando, paralelamente a la reforma carcelaria en la metrópolis, se llevaban a cabo los primeros experimentos de campos de concentración modernos en las colonias. Así, en 1895 España instalaba el primero según las fuentes en la Cuba colonial (Applebaum 2004: 42).

abarcó toda industria imaginable: forestal, minera, construcción, manufactura, armamento u otras como la agricultura y la pesca.

Las estimaciones indican que entre este año, 1929, y la muerte de Stalin en 1953, habrían pasado por los campos unos dieciocho millones de personas, más seis millones aproximadamente que fueron enviadas al exilio sin reclusión: en los años 30, los campesinos ricos o kulaks<sup>2</sup>, en los 40 las víctimas de estos destierros fueron los polacos, bálticos o ucranianos<sup>3</sup>. También en este año nace Kolymá, uno de los campos destinados a la colonización y explotación en el extremo norte.

Sin embargo, aunque lo atravesó de punta a punta, el gulag pasó inadvertido de lo que se cabría esperar al siglo XX occidental. Y esto a pesar de que su historia es la historia de la Europa contemporánea: el hermetismo soviético respecto de la nueva sociedad que proponían contribuyó a la creación de un discurso occidental que podemos calificar de “mitológico” de la Rusia roja. La imagen de la alteridad a ambos lados, el discurso sobre el otro, se cimentaba en la formación de un “mito del mal” plagado de connotaciones negativas. Además estaban los intelectuales de izquierdas de la época, que habían alimentado sus expectativas de un mundo igualitario, habían asistido expectantes a la suerte que corría el materialismo histórico, y no podían sino cerrar los ojos ante la posibilidad de que se desacreditase su fruto más maduro, la Revolución de Octubre. Habría que esperar hasta finales de los 80 por tanto para que comenzaran a surgir en cantidades importantes testimonios de antiguos residentes del gulag.

Además de eso, la guerra estaba aún cercana, como para que las masas pudiesen digerir como historia los entresijos de una liberación que miró para otro lado cuando la conveniencia así lo reclamaba, dejando que fuese su propia mitología de puertas para adentro la que se encargase de desacreditar las prácticas de la Unión Soviética. Tal y como lo entiende *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*, publicada por la periodista americana Anne Applebaum, la situación se desarrollaría de una manera un tanto diferente:

Nadie desea oír decir que había otro aspecto (más tenebroso) de la victoria aliada, o que los campos de Stalin, nuestro aliado, se expandían exactamente cuando los campos de Hitler, nuestro enemigo, eran desmantelados. Admitir que los aliados occidentales podrían haber contribuido a que otros cometieran crímenes contra la humanidad, al enviar miles de rusos a la muerte repatriándolos forzosamente después de la guerra, o al encomendar millones de personas al régimen soviético en Yalta, socavaría la pureza moral de nuestros recuerdos de esa época. (Applebaum 2004: 27)

---

<sup>2</sup> “En ruso se llama Kulak al traficante rural tacaño y deshonesto, que no medra con su trabajo, sino con el ajeno, por medio de la usura y de la venta como intermediario. [...] Más tarde, después de 1917, por extensión empezaron a llamar kulak (en la literatura oficial y propagandística, y de aquí pasó al lenguaje de la calle) al que se valía del trabajo ajeno, aunque fuera por falta temporal de manos en la familia. [...] Y en 1930 daban ese nombre a TODOS LOS CAMPESINOS FUERTES EN GENERAL: fuertes por su economía, fuertes en el trabajo y hasta en sus convicciones”. (Solzhenitsyn 1974: 57-58)

<sup>3</sup> Hoy sabemos que las cifras que a este respecto manejaba Solzhenitsyn son algo exageradas, por lo que nosotros hemos recogido estos datos en el ya citado Applebaum (2004: 21).

No sería incongruente advertir, a pesar de que ese no sea nuestro objeto, que la moral es a menudo señalada como significado, cuando su realidad corresponde a la forma, y es desde ella donde se debería emprender la búsqueda de ese silencio de las democracias occidentales a este respecto. En cualquier caso, los autores que pudieron publicar sus obras en el extranjero, ya en los 80, socavaron la política de ocultamiento que se venía practicando a ambos lados del muro.

Alexandr Solzhenitsyn, Premio Nobel ruso de literatura en 1970, fue uno de los escritores soviéticos que habló de esta realidad en su novela *Un día en la vida de Iván Denisovich*, donde ficciona la vida en un campo de trabajo de la URSS. El propio autor fue una víctima del gulag, encuadrado dentro de la oleada de detenciones en el ejército al final de la Segunda Guerra Mundial. De esta experiencia y de más de doscientos testimonios entre cartas, entrevistas y relatos que fue recopilando desde los años 50 y hasta su publicación en 1973, emerge el *Archipiélago Gulag*. Su publicación se anticipó a los deseos del autor porque uno de los manuscritos cayó en manos de la KGB, debido a lo cual, el libro también debió sufrir su propio exilio para ver la luz. El lugar fue París. El autor envió una copia microfilmada desde Moscú, y anunció a la prensa su existencia. El gobierno respondió retirándole la condición de ciudadano de la URSS, por lo que también él hubo de exiliarse.

Espacialmente, el sistema de represión y trabajo se extendió por toda la geografía de la URSS, desde las islas del mar Blanco, en el extremo occidental, hasta las costas del mar negro; desde las áridas zonas de Asia central hasta el Polo Norte. Podemos contabilizar 476 de estos campos desde su nacimiento hasta la caída del muro (Applebaum 2004: 21). Prácticamente en cualquier parte de Rusia podía encontrarse un punto de embarque de prisioneros, una prisión de tránsito o uno de los mencionados campos. El mapa del gulag es un segundo mapa subyacente al de la URSS, y oculto bajo éste fundamenta toda su estructura. De las características de aislamiento, las impuestas desde el partido para los presos, pero también de la subrepción del sistema, así como de su bastardad y complejidad, nace la metáfora del gran *Archipiélago Gulag*, tal como lo viviera y lo imaginara Solzhenitsyn en su obra.

Fraccionado de archipiélago por la geografía, pero fundido, por la psicología, en un continente, un país casi invisible, casi impalpable, poblado precisamente por los zecos [presos].

Este archipiélago –país que moteó otro país, en cuyo interior se halla– penetró en las ciudades, llegó hasta sus calles... Sin embargo, unos ni siquiera sospechaban su existencia; muchísimos, tenían de él una vaga noción, y sólo los que allí estuvieron lo sabían todo. (Solzhenitsyn 1974: 7)

De esta manera, siguiendo esta valiosa cartografía que nos ofrece la obra del autor ruso proponemos seguir las rutas que dibujaron los habitantes del Archipiélago, aquéllos que eran sustraídos de la realidad tal y como la conocían a través de la detención; de la disolución del sujeto. Y de ella eran apartados a través de la detención y sus puertas, capaces de abrirse en cualquier lugar, a cualquier hora para posteriormente continuar con el recorrido: la celda, la instrucción, el calabozo, las estaciones de recogida de prisioneros, las prisiones de tránsito –tal era la magnitud del

viaje—, y por fin, la isla, que podía estar realmente dotada de su condición geográfica —como el caso de las Solovki—, en la tundra siberiana o en los desiertos de Kazajstán. Prueba son los textos de las terribles características que adquieren todos estos lugares, y a ellos me remitiré para trazar nuestro mapa.

Los motivos de las detenciones, así como el desarrollo del proceso legal, son muestras inexcusables de la manipulación que de las herramientas de la dialéctica se puede llegar a hacer. Solzhenitsyn, víctima unas veces, otras nos muestra múltiples ejemplos de hasta dónde podía llegar su falseamiento a propósito de la lógica legislativa y judicial llevada a cabo por el partido<sup>4</sup>, de los cuales proponemos el siguiente.

Vichinski<sup>5</sup> [...] recordó que la Humanidad no logrará nunca establecer la verdad absoluta, sólo relativa. De ahí dio un paso, que los juristas metafísicos estuvieron dos mil años sin atreverse a darlo: por tanto, la verdad establecida en el sumario y en el juicio no podía ser absoluta, sino relativa. Por eso, cuando condenamos a la pena capital, jamás podremos estar absolutamente seguros de que aquel a quien ajusticiamos es culpable, sino sólo con cierto grado de aproximación, en alguna medida, en determinado sentido. De aquí, la conclusión más práctica es: que sería una pérdida innecesaria de tiempo la búsqueda de pruebas. (Solzhenitsyn 1974: 96)

Así, el paralogismo está servido teniendo en cuenta que “inexplicablemente [Vichinski], dejó que la BALA fuera ABSOLUTA”, concluye Solzhenitsyn (1974: 96).

Lo principal es que el discurso llegue a todos los estratos de la realidad rusa, empezando por la educación, las escuelas, la prensa, la propaganda de las calles, los desfiles, pues el lenguaje es y debe ser el primer implicado en la revolución, y si no, que se cuide de lo contrario. Un buen ejemplo de ello son las publicaciones y los periódicos murales que había en los espacios “públicos”<sup>6</sup> de los campos. Éstos eran en muchas ocasiones producidos por los propios reclusos, y contenían historias y poemas en los que, entre otros, se elogiaban los beneficios del trabajo duro (Applebaum 2004: 111). Fuera de los campos, en las ciudades rusas, se reproducían similares patrones propagandísticos. En este sentido no podemos dejar de recordar como

<sup>4</sup> Una de las especificidades del sistema ruso de campos de concentración es que en la mayoría de las ocasiones los presos llegan a él a través de una regulación legislativa que, sobre todo a partir de 1929, debía cumplirse. El hecho de que los crímenes se insertaran dentro de un sistema legal dista mucho de situar al gulag dentro de la lógica y la justicia. Es, una vez más, un error en la asignación de funciones.

<sup>5</sup> Andréi Yanuárevich Vyshinski (1883-1954): militante menchevique hasta 1920, año en que ingresó en el PC. Stalin lo consideró más adecuado que Krylenko para depurar sus filas, por lo que fue fiscal general de la URSS entre 1933 y 1939, año en que ingresa en el Comité Central. Actuó personalmente como fiscal en los procesos de Moscú y proporcionó a Stalin la jurisprudencia que este necesitaba para llevar a cabo la represión.

<sup>6</sup> Si bien es cierto que los campos de concentración funcionaron en gran medida siguiendo un modelo de ciudad fábrica, por lo que es posible identificar los elementos de lo urbano dentro de ellos, la categoría de lo público en este caso debe ser entrecuillada por las condiciones de reclusión a la que eran sometidos los individuos. Este patrón en todo caso se repetía extramuros y la sociedad soviética en general compartía muchas carencias con los reclusos.

Maksim Gorki, que a comienzos de la revolución mostró una postura crítica con sus camaradas bolcheviques<sup>7</sup>, sorprendentemente pasó a colaborar con el partido, cuando Stalin pactó con él su regreso a Rusia en 1932. Ya en 1929 había visitado el campo de concentración de las islas Solovki, maquillado adecuadamente para la ocasión. Esto le condujo a escribir un artículo de signo positivo sobre el gulag ese mismo año<sup>8</sup>. Una vez instalado definitivamente en territorio soviético, se embarcó en la justificación y promoción del canal del mar Blanco, la ingente empresa de Stalin, construido con mano de obra tomada del gulag, apoyo que por otro lado se materializó en una obra realizada en colaboración con otros treinta y seis escritores<sup>9</sup>.

## 2. PUERTAS A LA PÉRDIDA DE LIBERTAD

¿Cómo se llega a este misterioso Archipiélago? Continuamente vuelan hacia él aviones, navegan barcos, se arrastran ruidosamente los trenes, pero no llevan ningún letrero de destino. Los empleados de las taquillas [...] quedarían asombrados si se les pidiera un billete para el Archipiélago. (Solzhenitsyn 1974: 15)

La respuesta a la pregunta que lanza sólo se encuentra una vez más en la diversidad. Si, tal y como anunciábamos anteriormente, el gobierno soviético aplicó un sistema legal a sus represiones, esto no supone necesariamente una mejora en las condiciones de los presos; en primer lugar porque supone una menor flexibilidad de las formas, y en segundo lugar porque las interpretaciones que de la ley se hicieron apuntan una vez más a manipulación del discurso jurídico, que induce a pensar en la posibilidad de otras motivaciones para estas detenciones. Veamos algunos ejemplos en los relatos de Solzhenitsyn sobre cómo comienza todo para un futuro habitante del Archipiélago, todos ellos amparándose en artículos existentes en la ley soviética.

*Traición:* Los ciudadanos de las URSS que vivían o habían vivido en el extranjero eran susceptibles de ser acusados por alguna de las causas previstas por el código penal, pero la traición es una de las más ricas en testimonios. La realidad era que la evocación de otros lugares<sup>10</sup>, otros espacios, era uno de esos delitos encubiertos que se perseguían al amparo de la ley soviética. De hecho, hasta los presos rusos en campos alemanes, al regresar, eran acusados de traición. Más que paradójico resulta siguiente caso:

Un polaco había nacido en Lemberg, cuando la ciudad pertenecía al Imperio Austro-húngaro. [...] después pasó a Austria, allí servía y allí, en 1945 fue arrestado

<sup>7</sup> Escribió en 1918 una serie de artículos críticos con el partido titulados “Pensamientos inoportunos”, que fueron publicados en el diario *Vida Nueva*. Un año más tarde, Lenin le envía una carta en la que le anunciaba represalias si no rectificaba su posición.

<sup>8</sup> Más tarde dirá que actuó bajo la coacción de los censores soviéticos.

<sup>9</sup> *The I.V. Stalin White Sea - Baltic Sea Canal*, 1934.

<sup>10</sup> “A todos éstos los metieron en campos para que no evocaran Europa entre sus paisanos. Con lo que no ves no sueñas”. (Solzhenitsyn 1974: 210).

por los nuestros. Y condenado a un decenio, de acuerdo con el artículo 54-1-a del código ucraniano, ¡por traición a Ucrania, su patria!, porque, para entonces, la ciudad de Lemberg se había convertido en ucraniana. (Solzhenitsyn 1974: 62)

*Espionaje:* Era otro delito típicamente aplicado a los ciudadanos de la unión residentes en el extranjero, tal y como afirma Solzhenitsyn, “Los llaman a la patria, en la frontera los detienen” (1974: 71). También era susceptible de ser aplicado a las etnias residentes en la URSS, como los coreanos del Extremo Oriente, deportados a Kazajstán, o en Leningrado, donde los estonios fueron conducidos al exilio, por el apellido, como espías de la Estonia blanca.

*Propaganda antisoviética:* cajón de sastre en el cual lo único cierto es que no hacía falta escribir el *Archipiélago Gulag* para acabar inculpado. Vemos el ejemplo de una conductora de tranvías a la cual le ocurrió lo siguiente:

Regresaba a pie de madrugada del parque a casa y, para su desdicha, en las afueras pasó junto a un camión, en torno al cual se movía gente. Resultó que estaba lleno de cadáveres, bajo la lona asomaban manos y pies. Tomaron su nombre y, al día siguiente, la arrestaron. El juez de instrucción le preguntó qué había visto. Fue sincera y lo dijo [...]. Propaganda antisoviética, 10 años. (Solzhenitsyn 1974: 74)

*Sabotaje:* Este fue uno de los grandes delitos aplicados a la llamada *inteligent-sia soviética*, en especial a los ingenieros.

En el Comisariado de Vías de Comunicación (Ferrocarriles). El sabotaje es claro; por eso resulta tan difícil viajar en tren, por eso hay irregularidades en los servicios; en la Red de centrales eléctricas de Moscú: sabotaje (apagones); en la industria petrolífera: sabotaje (no hay forma de conseguir queroseno); en la industria textil: sabotaje (el obrero no tiene qué ponerse); en la industria hullera: un sabotaje colosal (¡por eso pasamos frío!), en las industrias del metal, de guerra, de maquinaria, naviera, química, minera, de extracción de oro y platino, en el regadío... ¡por doquier aparecen los purulentos abscesos del sabotaje! (Solzhenitsyn 1974: 48)

Es fácil adivinar que Solzhenitsyn identifica momentáneamente su discurso con el de los fiscales soviéticos por pura ironía, pero nos sirve para introducir la idea de que en realidad el sistema legal soviético era una máscara, y el acceso al gulag se producía sobre todo en términos de cifras. “Cada ciudad, cada distrito, cada unidad militar recibía unas cifras que debían cumplir en una fecha determinada. Todo lo demás dependía de la agilidad de los agentes” (Solzhenitsyn 1974: 71).

Éstos son sólo algunos ejemplos de las muchísimas posibilidades que existían en cuanto a este punto se refiere, por lo que son más los olvidados que los nombrados. “Que los paladines del estilo de la geografía no me reprochen el olvido de otros ríos de Rusia; aún me faltan riadas por nombrar, dadme páginas: con estas riadas vendrán todas las demás” (Solzhenitsyn 1974: 32-33).

Los lugares elegidos para la detención eran igualmente múltiples y variados, pudiendo decirse que, cualquier espacio, público o privado, en el campo o en la ciudad, era propicio; señalaremos sin embargo aquéllos que ocupan un lugar de privi-

legio entre las preferencias de la Checa y la NKVD, policías secretas durante los gobiernos de Lenin y Stalin respectivamente, y que serán los organismos encargados de realizarlas.

De los espacios públicos, la calle, “el mismo asfalto por el que, de noche, circularon los furgones celulares, durante el día marcha la nueva generación con banderas y flores, entonando cantos venturosos” (Solzhenitsyn 1974: 18), puede convertirse también de día, al amparo de las multitudes, en puerta a la pérdida de la libertad. La calle, destino, camino o encrucijada para la sociedad moscovita, también es el inicio de las arterias del gulag, pues a veces en su ajetreo se refugia la detención. “No se crea que si usted es funcionario de la Embajada americana, y su nombre, por ejemplo, es Al -r D., no se atreverán a arrestarlo en pleno día en la calle Gorki, junto a la Central de Telégrafos” (1974: 20), advierte el autor. Encontramos también ejemplos de estas detenciones públicas en las estaciones, accesos irremplazables de las ciudades, sus puertas (Sansot 1973: 86), que pueden ver también interrumpida su lógica espacial para algún desafortunado viajero<sup>11</sup>. Hospitales, en las plazas, el metro y la lista sigue, a pesar de lo cual, la detención en los espacios públicos no era el procedimiento más utilizado. Veamos qué sucedió en una plaza de Moscú en pleno día:

Dos chequistas trataron de arrestar a una mujer. Ella se abrazó a una farola, gritó y ofreció resistencia. Se reunió el gentío [...]. Aquellos apresurados mozarrones quedaron cortados. No podían trabajar a la luz del día. Subieron a un coche y escaparon. Lo mejor que podría haber hecho aquella mujer habría sido ir inmediatamente a la estación y largarse. Pero se fue a dormir a casa. Y de noche se la llevaron a la Lubianka. (Solzhenitsyn 1974: 25)

Y es que era éste el método preferido por las autoridades, de noche y en el hogar proporcionaba numerosas ventajas, además de empezar desde el primer instante con el condicionamiento de las facultades del detenido. Es precisamente el principio de continuidad que aporta la casa, resguardo de las contingencias del mundo exterior, contra el que se atenta desde el momento en el que, en medio de la noche, suena el timbre o la puerta y “todos los que viven en el apartamento se estremecen de temor” (1974: 18). Es la violación del hogar como refugio de lo íntimo lo que transforma el espacio de la casa, de la seguridad por tanto, en un espacio del temor y la expectación. “Es un timbrado nocturno o un violento repicar en la puerta. Es la arrogante entrada de los agentes, que penetran en su casa sin limpiarse las botas. Es el testigo ocular, que asustado, permanece tras ellos” (Solzhenitsyn 1974: 16).

Esta irrupción no acaba ahí, pues la violación del espacio continúa con aquélla de los objetos, de los muebles, los armarios, verdaderos órganos de la vida psicológica secreta, en palabras de Bachelard (2001: 83), de los “objetos-sujetos” que componen el pequeño cosmos íntimo del desafortunado. “Es arrancar, tirar y apartar vio-

<sup>11</sup> “Por fin llega a la estación. Aún le queda tiempo. En la sala de espera, o en el bar, un joven simpatísimo lo llama: ‘¿Se acuerda de mí?, Piotr Ivanich’ [así se llama el protagonista de la historia que nos cuenta Solzhenitsyn]. El joven se muestra amistoso en grado sumo [...] y saluda muy respetuosamente a la esposa [...] ‘Perdón, debo hablar con su esposo, es un minuto...’. La esposa se lo permite y el desconocido se lleva a Piotr Ivanich, con confianza, del brazo, para siempre o para diez años”. (Solzhenitsyn 1974: 20).



lentamente de las paredes los armarios, abrir cajones, desparramar su contenido, apiarlo, pisotearlo. Durante el registro no hay nada sagrado” (Solzhenitsyn 1974: 17). Son espacios personales que no se muestran a cualquiera, pues sus interiores detentan desde las circunstancias de la vida cotidiana hasta los secretos más profundos. Abrirlos es desnudar la casa y a sus moradores.

En el trayecto, por esas mismas calles, nocturno como veíamos, la metáfora del alcantarillado que retratará Solzhenitsyn adquiere toda su verdad. Desde ese mismo instante, los reos dejan de pertenecer a la realidad tal y como la conocían, para adentrarse en el submundo del Archipiélago y así, proseguir con el viaje. Pero sucedía a veces que el azar, uno de los motores del terror, vehículo este último de la represión y readaptación de los presos, podía intervenir fatalmente en su suerte. “Ahora, al pensar en los años 1918-20, nos vemos en un aprieto: ¿considerar integrantes de las riadas carcelarias a todos aquellos a los que les dieron el paseo antes de llegar a la cárcel?” (Solzhenitsyn 1974: 36). Ciertamente, tal y como nos indica Solzhenitsyn, que esto acontecía con más frecuencia en los orígenes, pero esta variante determinaría la última parada del itinerario más corto, aquél que conduce al cadalso. No faltan los testimonios de quienes, conociendo las condiciones posteriores, se lamentaron en algún momento de no haber seguido el destino de la medida máxima. Los que no eran elegidos tendrían la oportunidad de ver lo profundo del alcantarillado y continuar con la ruta.

### 3. LOS ESPACIOS DEL ENCIERRO

El destino siempre era el mismo en ese primer día, la cárcel más cercana. O la más apropiada. No es sólo el lugar de encierro, de privación de la libertad, sino que su función se extiende a la de elemento de perturbación constante, de choque psicológico para el detenido. En las rutinas destinadas a torturar las conciencias y el ánimo de los presos, sus instalaciones se conciben como una máquina opresiva, destinada a conseguir a toda costa la confesión desde el punto de vista jurídico del procedimiento, pero también para arrebatarse su identidad, deshumanizarlo, asegurarse de que no escapará ni aun teniendo la posibilidad de hacerlo. No obstante, las condiciones de las cárceles de la URSS varían mucho de unos momentos a otros. En primer término, hacia 1942 se percibe una notable mejoría en las condiciones a las que los presos eran sometidos. Las motivaciones en este caso nada tenían que ver con el despertar de una nueva conciencia moral dentro del régimen, y éstas habrá que buscarlas una vez más en forma de cifra, pues se pretendía que el gulag pagase parte de los costos de la guerra en lo que a industria y extracción de materiales se refiere; de esta forma desde Moscú se enviaron órdenes de mejorar las condiciones sanitarias y alimenticias de los presos, éstos debían ser útiles en las zonas de trabajo. El objetivo era claro, el sistema debía ser más rentable. En segundo lugar, esta serie de condiciones estaban también determinadas por las características concretas de cada prisión; sabido era por los presos la importancia de este punto.

Podemos establecer una primera distinción en cuanto a la ocupación del espacio en las celdas, elemento en el que se hacía más hincapié en los rudimentos carcela-

rios soviéticos. Este nos proporciona dos variantes, que hemos identificado como condiciones de aislamiento y de hacinamiento respectivamente. La primera de ellas se practicaba principalmente en las zonas donde el volumen de presos así lo permitía, o como medida de castigo en las grandes prisiones de Moscú o Leningrado. Una celda desnuda, gris, húmeda y estrecha preferiblemente será el lugar preferido para llevar a cabo la primera detención. “Un banasto sin ventana, lleno de piojos y chinches, sin ventilación, sin literas –nada más que el suelo sucio, un cajón llamado prevención–, en el soviet rural, en el cuartel, en la estación o en el puerto”<sup>12</sup> (Solzhenitsyn 1974: 159).

En ella, el preso poco acostumbrado se siente sólo, aturdido, coaccionado por la brutalidad de los agentes, los interrogatorios durante la noche, los días compelido a no dormir; y todo ello ahonda a su vez en la preparación del preso para la que va a ser su nueva rutina de trabajo en el campo. Se le obliga a permanecer, como fórmula generalizada, en un completo desconocimiento de lo que va a suceder durante el tiempo que permanece en la cárcel, que se alarga tanto como lo haga la instrucción del caso. Esto puede representar incluso meses. Con la visión de la realidad cada vez más distorsionada, el sujeto se convierte en su propia tortura; su sometimiento lo conduce al exilio interior. Tal y como indica Michel Foucault su función está localizada.

El aislamiento de los condenados garantiza que se puede ejercer sobre ellos, con el máximo de intensidad, un poder que no será contrarrestado por ninguna otra influencia; la soledad es la condición primera de la sumisión total [...] asegura el coloquio a solas entre el detenido y el poder que se ejerce sobre él. (Foucault 2002: 240)

La segunda fórmula de ocupación del espacio en las celdas de las prisiones, el hacinamiento, es la más generalizada a juzgar por los testimonios recogidos en *Archipiélago* y, por otro, lado la más acorde al volumen de presos que se manejaba. En este caso, al entumecimiento de los miembros cuando la cantidad de personas llegaba a ser ingente se suman los ya conocidos tratos vejatorios y carencias de agua y alimento propias de todo el procedimiento. Además, el hecho de que los presos políticos y los comunes permanecieran juntos en muchas ocasiones es otra de las formas que el sistema carcelario tenía para llenar de connotaciones el espacio de los reclusos. Ninguno de sus elementos era casual y de su control dependía el éxito de su empresa: la presencia de delatores entre ellos, la oscuridad de día, las bombillas encendidas de noche, “los cristales embadurnados de minio para que llegue rojiza hasta ti la mutilada luz” (Solzhenitsyn 1974: 160). Todas estas medidas reafirman la idea de la cárcel como elemento constructivo que rebasa en sus funciones al principio de privación de la libertad, y apunta a la transformación técnica de los individuos (Foucault 2002: 235).

---

<sup>12</sup> En la prevención no se cumple condena, sino que mantienen en prisión preventiva [nota de Solzhenitsyn].

Pero aun así, a pesar de todo ello, evitar el aislamiento suponía una válvula de escape para los reos: la presencia del compañero. Esto fue para Solzhenitsyn el vehículo que le transportó por los diferentes conductos del gulag, las historias y relatos de los compañeros en la cárcel política de Moscú, la Lubianka. Allí, conversación tras conversación el autor va trazando los mapas y espacios del alcantarillado; de sus rutas, puertos e islas.

Y más tarde, bajo las bóvedas del castillo de ladrillo de Butyrki, sentí que toda aquella historia de varios millones de prisioneros rusos me atravesaba para siempre como el alfiler a la cucaracha. La propia historia de mi caída en la cárcel me pareció fútil, me olvide de lamentar los galones arrancados. Allí donde estuvieron mis coetáneos, sólo por casualidad no estuve allí. [...] Ahora me sentía como si hubiera caído prisionero con aquellos muchachos en el paso de Soloviov, en la bolsa de Jarkov, en las canteras de Kerch. (Solzhenitsyn 1974: 206)

El autor, al compartir los espacios de reclusión con otros individuos, se siente poseedor del don de la ubicuidad que lo sitúa allá donde sus compañeros de castigo fueron tomados presos. Las diferentes rutas les llevaron a una encrucijada común, y cada uno de ellos acude al encuentro portando consigo la verdad del camino que ya ha realizado, la de sus lugares y características.

Por otro lado, la gran cantidad de detenidos supuso un importante esfuerzo en lo que a reconversión de espacios se refiere: muchas de las cárceles e instalaciones fueron puestas en funcionamiento en antiguos monasterios, como es el caso de Sujanovka, donde “al llegar, al arrestado lo conmocionan metiéndolo de pie en un calabozo tan estrecho que, si no tienes fuerzas, sólo puedes sostenerte apoyando las rodillas contra la pared” (Solzhenitsyn 1974: 161). No deja de ser destacable el hecho de que el régimen penitenciario debiera adecuarse a las características arquitectónicas y los usos que edificios como este monasterio habían tenido anteriormente. Las celdas conventuales son aprovechadas para los nuevos fines, y en ellas regían los mismos principios de silencio y penitencia –castigo– que caracterizaban los hábitos monacales. Por sus mirillas “te observan con la frecuencia con la que el guardián tarde en pasar junto a dos puertas hacia la tercera. Ese es el objetivo de la silenciosa Sujanovka: no dejarte un minuto de descanso, ni un minuto robado para la vida privada” (Solzhenitsyn 1974: 162).

Solzhenitsyn no deja tampoco escapar esta idea de la reconversión de espacios en su indagación de los principios del gulag.

En otras, como la de Susdal, fue necesario hacer obras de acondicionamiento, dado su primitivo carácter monástico, lo cual no acarrió dificultades; el encarcelamiento del cuerpo en un convento y la justificada reclusión en una cárcel apuntan a objetivos análogos en el aspecto puramente corporal. Se adaptó también una parte del monasterio de Sujanov [...]. (Solzhenitsyn 1974: 412)

Es interesante fijarse en estas transformaciones del espacio porque de ellas se extrae que existen similitudes en edificios que, en principio, puedan parecer destinados a empeñar funciones muy diferentes. Diríase, como afirma Foucault, que en

las sociedades modernas, las instituciones y los espacios que las albergan remiten unos a otros<sup>13</sup>. Después de todo, el sueño de la razón produjo monstruos en todas partes.

De nuevo intramuros, un itinerario posible durante la estancia en la prisión podía ser de la celda a la celda de castigo, de ahí a la de tortura, a la enfermería, a la celda de tortura de nuevo... Estos espacios de la crueldad, deshumanizados, representan los no-lugares a los que el condenado es expuesto. Las celdas de castigo, por ejemplo, son una modalidad de celda donde las condiciones precarias se ven acentuadas. Un sótano con hielo, un cubículo de medio metro cuadrado con una banqueta en la su ocupante es obligado a permanecer sentado constantemente, celdas llenas de humedad y lodo... éstas son algunas de las variantes que el *Archipiélago* retrata.

Y entre tanto el sumario comienza su andadura. Con lo que los interrogatorios nocturnos son repetidos, y la instrucción, de la cual la OSO<sup>14</sup> era la encargada, estrecha sus vínculos con el acusado.

La primera condición de los procedimientos judiciales, advierte Solzhenitsyn, es que se celebran a puerta cerrada, por lo que la justicia deja de convertirse en un espacio público para convertirse en un lugar apartado de todo control externo; esto los sitúa dentro del inframundo que caracteriza a toda la estructura del gulag. Su segunda característica deriva de la lógica de la relatividad de las pruebas, que veíamos más arriba, pues fue una práctica absolutamente generalizada a juzgar por los testimonios. Nikolai Krylenko<sup>15</sup>, fiscal general de estado durante varios años en el gobierno de Lenin, fue uno de los más señalados en primer lugar por ser un precursor en los métodos aplicados, pero también por la importancia de los procesos que promovió, y por las anécdotas que la ilógica aplicación de la razón mostrada nos deja. “El mejor indicio sigue siendo, en todas las circunstancias, la confesión de los acusados” (Solzhenitsyn 1974: 323), es otro de los principios seguidos. Vemos por ejemplo cómo se resolvió un caso en el que se imputaba a catorce miembros de la Oficina de la Unión Menchevique (1-9 de marzo de 1931). La intención del fiscal era “demostrar que los mencheviques, en la persecución de sus fines contrarrevolucionarios, habían logrado establecerse en el aparato estatal y obtener puestos importantes” (Solzhenitsyn 1974: 344).

El mundo contempló asombrado tres piezas teatrales, tres preciosas representaciones monstruo en las que cabezas conspicuas del impertérrito partido comunista, aquel que en otro tiempo cambió el mundo y le infundió espanto, como ovejas

<sup>13</sup> “El encarcelamiento con sus mecanismos de vigilancia y de castigo funciona [...] según un principio de relativa continuidad. Continuidad de las propias instituciones que remiten las unas a las otras (de la asistencia al orfanato, a la casa de corrección a la penitenciaría, al batallón disciplinario, a la prisión; de la escuela a la sociedad de patronato, al obrador, al refugio, al convento penitenciario; de la ciudad obrera al hospital, a la prisión”. (Foucault 2002: 279)

<sup>14</sup> Comisión deliberativa especial, hacía las funciones de tribunal del NKVD.

<sup>15</sup> Nikolái Vasílevich Krylenko (1885-1938): miembro del partido comunista desde 1904 y alférez del Ejército Imperial, se dedicó a la propaganda bolchevique en las filas del Ejército y tomó partido en la Revolución de Octubre. Desde 1918 en la administración de justicia, donde organiza los tribunales revolucionarios, preside el Tribunal Revolucionario Supremo y más tarde actúa como fiscal. Fue destituido y fusilado por oponerse a un proyecto legislativo de Stalin.

mansas y quejumbrosas tropezaban por el escenario y con lastimeros balidos iban contando todo lo que se les había ordenado que contasen, y se escupían a sí mismas, y con servil sumisión se hundían en el fango y confesaban delitos que era imposible que hubieran cometido. (Solzhenitsyn 1974: 350)

Puesto que el destino del acusado ya está escrito, el tribunal se convierte en el espacio escénico, donde a cada uno le es asignado un papel conducente a esa resolución. El autor de dicha obra o representación no sería otro que la verdad de la justicia revolucionaria y la realidad de su aplicación.

A pesar de que la resolución estuviera tomada y la duración de la pena determinada, el trayecto comenzaba con el total desconocimiento por parte de los presos de cuál iba a ser su destino. Así, el traslado de los reos a los campos es ante todo un viaje a lo desconocido. Lo cierto es que la red gulag se fundamentaba en el ferrocarril, por lo que el destino más inmediato serían las estaciones.

Donde hay grandes estaciones ferroviarias se descarga y reexpide el lúgubre cargamento a una distancia respetable de los andenes; esto sólo es visible para los guardagujas y guardabarreras. En las estaciones menores hay asimismo pequeños escenarios escogidos, vías muertas entre dos almacenes, donde el cuervo hace marcha atrás, hasta colocarse exactamente junto al estribo del vagón-saco. (Solzhenitsyn 1974: 421)

#### 4. LAS NAVES DEL ARCHIPIÉLAGO

Si los presos se encontraban en alguna prisión en las ciudades, eran trasladados en los llamados “cuervos negros”, camiones de carga de acero y herméticos, en los que eran colocados en hileras, sentados, cada uno entre las piernas del siguiente, hasta completar aforo. “Ni una sola rendija, ni una simple lamparilla en su interior, sin la menor posibilidad de respirar ni de ver. Y por aquel entonces [1927] se abarrotaban ya los cuervos hasta estallar” (1974: 455). Más adelante, después de la guerra, continúa Solzhenitsyn, “se decidió pintarlos por fuera con alegres colores, escribiendo encima palabras como ‘pan’ (¿acaso serían los ocupantes el pan de la reconstrucción?)” (1974: 455). Otras veces ocurría en las ciudades de provincias, donde la necesidad de clandestinidad era menor, que los presos eran conducidos a pie, formando columnas de prisioneros. Eran de este género las contadas ocasiones en las que éstos eran mostrados en público.

Una vez en las estaciones, verdaderos puertos de salida y entrada del Archipiélago, los prisioneros eran distribuidos siguiendo su itinerario ya determinado en la instrucción: campos de concentración y trabajo, destierros, cárceles convencionales... Todos ellos representaban destinos igualmente terroríficos, desconocidos, por lo que el viaje se erige como el principio de una disyunción espacial determinante para los individuos que lo vivieron: de todos ellos las estaciones son sus pasajes (Sansot 1973: 83). ¿Y los presos, qué papel juegan en el conjunto? Tal y como sucediera en otro tiempo con los esclavos, los individuos son tratados en términos numéricos. Los trenes del gulag son trenes de mercancías. Desde las estaciones se expi-

den los cargamentos humanos, donde se ahonda una vez más en la deshumanización de los sujetos, siguiendo la lógica del conjunto. En la forma en la que este se realiza encontramos dos variantes principalmente.

La primera de ellas es el Stolypin, una suerte de vagón de tercera reforzado, con compartimentos individuales separados por telas metálicas. Su principal característica es su disposición, que permitía a los guardianes vigilar constantemente a los presos, oír sus conversaciones, decidir los horarios para que éstos hicieran sus necesidades, etc.

El stolypin es un vagón ferroviario usual con ocho departamentos, cinco de los cuales están reservados a los presos (y, como ocurre en todos los rincones del Archipiélago, la mitad corresponde al personal de servicio); ahora bien, entre éstos y el pasillo no hay tabiques, sino una verja, que permite escudriñar el interior. [...] Visto desde el pasillo, ese conjunto recuerda extrañamente una exposición zoológica: por el suelo y sobre las tarimas se arrastran, gimoteando, criaturas de apariencia humana que nos miran suplicantes a través de la reja, implorando agua y alimento. Pero en ningún parque zoológico se han visto jamás tantos animales aglomerados dentro de la misma jaula. (Solzhenitsyn 1974: 423)

La segunda opción son los vagones rojos de ganado, vagones vacíos con una estufa opcional en medio y algunos agujeros en el suelo que comunicaban con la vía. En ellos el hacinamiento era la principal característica, a la que se podía sumar el robo de los presos comunes a los políticos, como parte programada de la estrategia de anulación<sup>16</sup>. Éstos eran empleados para trasladar grandes cantidades de presos, tantos como cupieran, así fueron deportados, en los años 1929 y 1930, los campesinos que sirvieron para la colonización de Kolymá. Porque este es el aspecto que más lo diferenciaba del Stolypin: mientras éste no podía viajar al vacío, necesitaba de un destino, estos trenes, las “caravanas rojas” podían viajar a la nada: “allí donde se detiene, surge del mar —el mar de la estepa, el mar de la taiga, un mar cualquiera— una nueva isla del Archipiélago” (Solzhenitsyn 1974: 489). Son los llamados OLP, o “Primer Puesto Avanzado del Campo de Concentración”, encargados de la colonización de nuevos territorios, muchas veces en medio de la taiga. Gracias a este sistema, las redes del gulag fueron expandiéndose hasta llegar a lugares donde antes sólo era posible el acceso por barco. No será necesario hacer demasiado énfasis en el hecho de que, en estas condiciones, en trenes que viajaban a los extremos más fríos del país, muchas veces el suelo de los vagones llegase al destino cubierto de cadáveres<sup>17</sup>.

Una vez en él, para aquéllos menos afortunados pero que aún así continuaron el trayecto, una última sorpresa: su viaje es aún más largo de lo que cabría esperar, por lo que deberán aún pasar unos días en una prisión de tránsito antes de emprender el último trayecto. La principal de las existentes en la capital moscovita, Krasnaya

<sup>16</sup> “No conocemos ni un solo caso en que los centinelas intentaran poner término a la expoliación de los presos políticos en celdas, vagones y cuervos”. (Solzhenitsyn 1974: 435)

<sup>17</sup> “El expreso rojo se distingue de los otros grandes expresos en que, cuando suben a él, los pasajeros no saben si volverán a bajar. Cuando, en 1942, se descargó en Solimansk un transporte procedente de las cárceles de Leningrado, todo el terraplén quedó cubierto de cadáveres”. (Solzhenitsyn 1974: 495)

Presnia, llegó a convertirse en el centro neurálgico del Archipiélago, en su capital, en el sentido de que, al igual que los ciudadanos libres no podían evitar pasar por Moscú para ir de un lugar a otro de la URSS, los reclusos pasaban por ella “desde todos lados y hacia cualquier parte” (Solzhenitsyn 1974: 483). Estas estancias podían llegar a durar meses. Sus características podían ser tan variadas como similares a las prisiones convencionales. Este era el caso de aquéllos destinados a Kolymá, en las tierras inexploradas del extremo nororiental del país, que hacían escala en prisiones del pacífico, de condiciones terribles. Desde aquí embarcaban rumbo a Koly-má, entrando desde el mar por el río del mismo nombre a bordo de vapores de carga. Este era también uno de esos campos con funciones expansivas.

La llegada al último puerto, en las Solovki, en el Canal del mar Blanco o en Koly-má, es el fin de un cruel itinerario, que sólo es el comienzo de lo que habrá de ser la condena. Lo primero que los prisioneros veían al llegar al campo era el portón, en el que, siguiendo un modelo que nos es conocido, a veces había un lema. En Kolymá rezaba “El trabajo en la URSS es una cuestión de honradez, gloria, valor y heroísmo”. O el de Solovki, “¡Libertad mediante el trabajo!” (Applebaum 2004: 200-201).

## 5. FIN DEL TRAYECTO. A MODO DE CONCLUSIÓN

El testimonio de Solzhenitsyn, cuyo recorrido espacial detenemos aquí, nos vierte una realidad. La historia del siglo XX es la punta de lanza de la barbarie humana, donde sus límites fueron explorados como nunca antes había sucedido. Sin embargo, sus palabras hoy nos llegan plagadas de connotaciones, tanto las que los juegos de poder le han insuflado como las que el autor mismo incluyó. La realidad del terror del gulag no debe sustentarse en otra verdad *a priori* cuyo lenguaje la deje a su merced. Como hemos podido comprobar, el rastro de aquellos que lo padecieron puede ser suficiente. Sus signos, los de las cárceles, los del Archipiélago, no nos hablan en términos negativos, en contraposición a un sistema antagónico, sino en términos positivos, en tanto en cuanto el hombre como ente histórico ha trazado su ruta hasta llegar a la crueldad desatada durante el pasado siglo.

Los espacios y su ocupación, su función, el significado que éstos adquieren para aquellos que los habitan nos hablan de las historias de cada lugar, son la matriz de los relatos, y al mismo tiempo se refieren a lo que en ellos acontece, aluden a la Historia. El poder es, ante todo, dominio del espacio y de lo que en él se encuentra, y la falacia del poder bolchevique al respecto fue que el pueblo en realidad nunca hasta entonces hubo estado tan lejos de tener posesión, en el amplio sentido de la palabra, de los campos o de las ciudades, de la ocupación de sus espacios. Éstos, entendidos como lenguaje, nos hablan de esas circunstancias.

## BIBLIOGRAFÍA

APPLEBAUM, Anne (2004): *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*. Barcelona: Debate.

- BACHELARD, Gaston (2001): *La poétique de l'espace*. Paris: Quadrige.
- CHURCHWARD, L. G. (1976): *La Intelligentsia soviética*. Madrid: Revista de Occidente.
- FOUCAULT, Michel (2002): *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2008): *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- KIZNY, Tomasz (2003): *Goulag*. Paris: Balland.
- SANSOT, Pierre (1973): *Poétique de la ville*. Paris: Klicksiek.
- SOLZHENITSYN, Alexandr (1970): *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Barcelona: Plaza & Janés.
- (1974): *Archipiélago Gulag*. Barcelona: Círculo de lectores.
- (1976): *Archipiélago Gulag*, tomo II. Barcelona: Plaza & Janés.
- (2005-2007): *Archipiélago Gulag*, tomos I, II y III. Barcelona: Tusquets.